

IN MEMORIAM GONZALO ROJAS

UN ACTO GENÉSICO ENCIMA DE LA PÁGINA BLANCA¹

Los poemas eróticos de Gonzalo Rojas hacen profesión de gozar a las mujeres. “Ay cuerpo”, dice, “quién fuera eternamente cuerpo”. Fálicamente mía, exclama, en una especie de vértigo de la posesión. Los sentidos son su fuerte. A yegua fragante del Faraón te he comparado, dice, sin miedo; su gesto es celebrarla, gozarla, montarla. Su musa es desmelenada, aunque le diga mi vergonzosa; su musa es muchacha que aprende la desvergüenza, o la mismísima hebraica/loca y milenaria con el pelo suelto bajo/el disfraz de esa gran gata blanca, blanquísima,/ perdida en la noche, malherida/ de amor. El cuerpo de mujer, exaltado por los ojos pasionales en los poemas, se ama, sobre todo, en el teatral despliegue de “este sol colorado que es mi sangre furiosa”.

Hay tres elementos en su puesta en escena, que según la rojiana frase del título se aviene tanto con la poesía como con el acto de amor: la fuerza genésica desplegada del varón; el cuerpo de la mujer o la página blanca sobre la que esa fuerza se despliega, y el gozo de mirarse en plena performance. (Es curioso cómo esta analogía con la página blanca hace palidecer la exaltación de las mujeres en los poemas.) El tercer elemento, el espejo o el poema, o el espejo y el poema, crean el gozo, perverso y suplementario, de ser voyeur de uno mismo. Gonzalo Rojas no le tendría miedo a la palabra perverso, como no lo tuvo a la palabra descarado, como no le tuvo miedo a la palabra libertinaje; la transgresión tenía para él, como para Georges Bataille, un vínculo paradójico pero siempre cierto con lo sagrado.

¿Y cómo van ahí las mujeres, páginas blancas, blanquísimas? ¿Perdidas en la noche, malheridas de amor?

ADRIANA VALDÉS

¹ En un texto titulado “Antes de una lectura”, de plano lo declara Gonzalo Rojas: “Siempre se me dio el ejercicio de la poesía como un acto genésico encima de la página blanca y así lo registra un texto descarado de mis 22, cuyo título es ‘Perdí mi juventud en los burdeles’”.

Pienso que a don Gonzalo le hubiese gustado que lo recordaran como él solía recordar. “¿Qué más le debo a Reyes [Alfonso] más allá de su cortesía y ese estado de gracia que era su diálogo?”, se preguntaba en una ocasión. El que Huidobro haya sido “pije” no era tema, poco le importó: no era pije tonto sino pije sabio, “nadie más generoso con los jóvenes” (agradecido Rojas). De Neruda dijo cosas terribles (un “saca cuentas”, “escribe demasiadito”), pero no le niega “genio” (aunque quizás el alcance pretendía ser una ironía). De varios le bastaba decir “ese sí que sabía” y punto. Hasta en cuestiones serias, de poesía, no dejó nunca de ser galante: los mayores elogios los reservaba a la Mistral y a Teresa de Ávila. Las filiaciones poéticas eran obsesión con él. De Vallejo se reconoce retoño: “me engendró”, y de Juan de Yepes como gustaba llamarlo, cita unos versos, y exclama: “Ahí me paro”.

Rojas era un maestro de la alabanza, parco y humilde: “¿Qué será el 3004 de nosotros, por ejemplo?, ¿el 4004 qué será? Ahí estará otra vez intacto Cervantes leyendo el parpadeo de la historia en el de las estrellas. Leyendo el mundo y releyéndonos”. Siempre supo que la poesía era un regalo. “De ahí aquello de Darío y más Darío. Me lo estaba leyendo y me encontré con él y eso fue todo”. “Los verdaderos poetas son de repente”. “La poesía encarna en uno como por azar. Y es que uno no la merece a la palabra. Se la dan porque se la dan. Será cosa de los dioses”.

Gonzalo Rojas era notable cuando hablaba de otros o recitaba a otros (me impresionó una vez cuando me citó de memoria a Alonso Ovalle): los convertía en propios, se retrataba a sí mismo.

ALFREDO JOCELYN-HOLT

SILABEAR EL MUNDO

Cuando Gonzalo Rojas dice “sílabas”, esta modesta palabra de alusión lingüística se transforma en punta de iceberg, lo sumergido adquiere majestad y se hace inabarcable. Indagación metalingüística es una de las más potentes arterias del sistema lírico de nuestro vate, adivino, puto y santo, como su babilónica Teresa. “Silabear el mundo” es consustancial a su oficio, lo ha reiterado. “Sílabas las estrellas compongan”, escribía Sor Juana Inés de la Cruz. “Las estrellas escriben” afirmaba Octavio Paz. “Silabear el mundo” pertenece al alto oficio mayor de la poesía y se remonta a los orígenes del decir, al génesis de lo humano: “desde la antigüedad de las orquídeas de donde/ vinieron las sílabas que saben más que la música, más, mucho más que el / parto” (Gonzalo Rojas, *Las sílabas*).

ALFREDO MATUS OLIVIER

COPLAS A LA MUERTE DE GONZALO

Hemos venido tantas veces aquí Gonzalo.

Usted sabe, son tantas las muertes que llevamos a cuestras, son tantas nuestras muertes. Vinimos a dejar a Hilda, la hermosa, una mañana gris. Usted llevó a Celia, la madre, llevó a su hermano. No pudimos llevar a Miguel ni a Bautista, los que tenían dijo usted, “la juventud de los héroes”. Llevé a mi Alejandra, en primavera, y con mis brazos el peso de mi hijo. En este país, la historia nos ha hecho llevar a tantos. En este pasar, en este vivir contra la muerte, nos acostumbramos al tránsito. Lo hemos conversado tantas veces. Lo que llamamos vivir no es más que un jirón luminoso arrancado al vacío. Tenemos la libertad, decía el viejo Sartre, de darle esa luminosidad nosotros mismos. Así nos enseñó usted, allá por los sesenta en el sur, cuando éramos sus estudiantes. Cuando nos estremeció con su palabra. Cuando nos enseñó la poesía. Cuando desde el ramal ferroviario en donde vivíamos nos hizo sentir dueños del universo, cuando nos situó de igual a igual con el gran pensamiento, la gran literatura. La de la región: “Iba por el agua la potranca fina/ la que tiene el casco de ventisca clara”... y la del mundo: “Souvent, pour s’amuser, les hommes d’équipage / prennent des albatros, vastes oiseaux des mers”... ¿Cómo no pensar en esto ahora, Gonzalo? Más tarde, en esta vida que la historia del país nos ha hecho compartir, tuvimos el sabor agrio y dulce de la ausencia, la necesidad del contacto, la nostalgia de las piedras. ¿Debilidades? Las tenemos todos. Es lo que nos hace más humanos, como nos hace humanos un tanto de locura. Esto también es importante: esa ruptura con la razón que usted nos ha transmitido, esa creencia en el desvarío, como su Mistrala.

ANA PIZARRO

GONZALO ROJAS

No hay nada más bello que la libertad con vocación de poesía. El trabajo del poeta es alcanzar un mundo y el que lo logra, lo logra a su manera. Gonzalo Rojas fue un chamán y un duende: alguien libre y travieso, que dice las verdades ocultas como un diablo, fronterizo y lúcido, y además un cosmos. La libertad se contagia, su poesía y su amistad, me hicieron más libre; lo otro, el talento de ser Gonzalo Rojas es un don individual y único, que ahora está en sus poemas de cuerpo entero.

Fue un ser arbitrario, un loco con ángel. Siempre que pude coincidir en la ciudad de México y en Sevilla, que son los dos lugares en los que lo disfruté, fue para mí un viento fresco, fuerte y verdadero.

Voy a contar una anécdota: en una de las lecturas en Sevilla, en un ciclo en el que participaron Pedro Lastra, Tomás Segovia, María Mercedes Carranza, entre otros,

agrupados por Juan Carlos Maset y Francisco José Cruz, le pregunté si él no se ponía nervioso al leer; me dijo que sí, pero que tenía un truco: apretarse con el índice la zona posterior a la oreja. No le creí, pues me lo dijo con su sonrisa y su gorra, pero seguí su consejo y dije mis poemas sin ponerme nervioso; más tarde no necesité del truco: me basta ahora en tales ocasiones, recordar a Gonzalo y su sonrisa. Ahora, para estar con él y su libertad, leerlo. Denme un poema suyo y lo reconocerá mi oído, formando con mi corazón una puerta.

ANTONIO DELTORO

La última vez que vi a Gonzalo fue en febrero del 2009. Conforme a una costumbre de años, pasamos, con mi señora, por su casa de Chillán, de vuelta de vacaciones. Nos dijeron que se estaba bañando, pero nos mandó decir que lo esperaríamos. Muy pronto apareció en la biblioteca del segundo piso: bata blanca y zapatillas rojas. La imagen de la salud, la alegría y entusiasmo. Como siempre plenamente vivo. Asomado al mundo “con los ojos, las orejas y los 25.000 sentidos...”

ANTONIO PEDRALS

EL DEL RELÁMPAGO

A Gonzalo Rojas

Como fueron de rápidas esas manos para tocar la luz, así los ojos para dejar constancia de lo visto. Ya no sé si fue en Nueva York, en Caracas o en Chicago donde lo vi con esa linterna hacia adentro, brava contra la página en blanco, quemándola a fuerza de grafismos. Rabioso de alegría le daba rienda suelta a unos potros al galope por entre las charcas del sueño y la realidad. Qué de imaginarias corriendo y desnudándose, qué de voces sometiéndonos a la algarabía de un diálogo inaudito.

ARMANDO ROMERO

UN POETA, MUCHOS POETAS

Gonzalo Rojas, un poeta a la vez original y heredero de muchos, compuso lo suyo desde de la apertura a la diversidad. Era tan único que no necesitaba defenderse de la obra de otros. Forjó un estilo refinado aunque tan potente y vital como si fuera folklórico. Abrió un camino directo a la expresión universal; la observación de lo próximo lo absorbe por un momento pero no lo retiene; lo visto será entretelado con la memoria de la poesía del mundo. Lo dijo inequívocamente de sí, el “poeta genealógico”.

Se conoció y fue reconocido temprano. Entre *La miseria del hombre* de 1948 y el año 1977, en casi treinta años, sus libros no sumarán sino tres. No tiene prisa, es capaz de callarse y de medir lo que dice. El hijo de este país estaba destinado a hacer lo suyo rodeado de otros muchos poetas, no todos menores, como él sabe. En Chile, pensó, de hacer poesía se dice en plural. “Celebraremos el proyecto de durar, parar el sol, / ser –como los divinos– de repente.” Había aprendido a respetar el ritmo de lo que tenía para ofrecer. Lo permanente será su preferencia por la claridad. “Pero es un sol innumerable lo que me sale de la boca”. Y también: “Pero el sol es la única semilla”.

Le llegará la hora de resurgir entre los nuevos, más jóvenes que él, pero lo hará renovado, sorprendente y volando por encima de toda comparación. Atravesó los homenajes y las medallas sin inmutarse, fiel a lo que le tocó, que fue, sobre todo, darse como era.

CARLA CORDUA

GONZALO ROJAS Y EL SURREALISMO

El argentino Enrique Molina y el peruano Emilio Adolfo Westphalen, ambos contemporáneos del chileno Gonzalo Rojas, coincidieron plenamente con la presencia del surrealismo en esta parte de América. Sin embargo, tanto Molina como Westphalen manifestaron ser distantes de esta corriente, a diferencia de Rojas, que expresaba su complacencia cuando se le recordaba su participación en los albores del grupo surrealista de la Mandrágora. Pero el autor chileno asimilará otras tendencias, aunque su actividad primera –colaboró en el número inaugural de la revista del grupo en el año 1938– según parece fue imborrable en él.

En suma, dos escritores quisquillosos, y en cambio un tercero satisfecho de su entrañable origen literario. De ello tomé conocimiento en circunstancias totalmente distintas: Molina manifestándome su renuencia, como no queriendo la cosa; Westphalen declarando su desapego en letras de molde, en tanto que Rojas aceptando complacido su vinculación cuando en un foro sobre vanguardias hispanoamericanas me referí sobre el particular. En realidad, no solo Rojas posee dicho nexo, sino que Molina formó

parte del grupo encabezado por Aldo Pellegrini –máximo propulsor de esta corriente en lengua castellana–, e igualmente Westphalen, ligado siempre a César Moro, único poeta hispanoamericano militante del movimiento.

Creo que la adhesión de Rojas está demostrada fehacientemente en dos testimonios expresados en épocas diversas. Primero en 1966 a raíz del fallecimiento de André Breton, en una elegía publicada en *Actas surrealistas*, que trae a la memoria el responso escrito por Darío en homenaje a Verlaine. Y, más adelante, en “Saludo en El Escorial”, Rojas recuerda a su Mandrágora natal, pero también recuerda con marcada simpatía a Pellegrini y a Moro, en este texto de ecos transatlánticos.

CARLOS GERMÁN BELLI

SILABARIO DE ESTRELLAS PARA GONZALO ROJAS

“El frío de los bosques
en mí lo llevaré hasta que muera”

B. BRECHT

Y tú, Gonzalo, llevas el frío de los bosques entre los huesos y el alma, porque no has muerto, estás viviendo una invención de fuga a la galaxia, porque sabías leer el silabario astral aprendido en la escuela de Lebu, cuando también se usaba como bautizo culto el silabario del “OJO”.

Por eso, siento que estás leyendo las cartas del cielo en una baraja tirada sobre la mesa antártica donde está el ombligo congelado de Chile.

Y ese misterio está en tu razón de ser, o mejor, en la obligación de no quedarte mudo ante la tentación del habla y el desafío de llegar al cielo por la Vía Láctea, ya sea con alas o sin alas, como subían los heroicos yaganes y alacalufes agarrados de la mano de Dios, el gran Gnechén.

Gonzalo, tu huella luminosa sigue encendiendo lámparas de carbón en la noche mineral de Lebu, con magnetos y pilas a carbón, como si la combustión que te hizo nacer ese Diciembre de 1917 fuera inapagable, o cuando te lanzaste de cabeza desde el muelle de fierro al mar y provocaste pánico en la familia, quien criticó tu audacia y osadía con “tan poco juicio” frente al peligro. Y tú, como razón de fondo, dijiste:

“los poetas
somos niños en crecimiento tenaz”

Hoy, hincada en los faldeos andinos del paralelo 40 Sur, me quedo en el enigma de la herradura con ocho clavos, que según el Popol Vuh significa la eternidad.

Ahora, sin otra mira que acompañarte desde el velorio en el Museo de Bellas Artes y entregarte mis rezos, pienso que alguien capaz de “Escribir en el viento” no puede borrar su letra, porque ese mismo viento nunca pasará dos veces sobre nuestras cabezas.

DELIA DOMÍNGUEZ

EL HABLA DE GONZALO

Lo tuve cerca tres veces (en Caracas, en México, en Sevilla) y conversé con él como si nos conociéramos de toda la vida. Hablaba en trance de ritmo, ese mismo que daba vida a sus versos: entrecortado, pleno de cuestas y descensos, hecho de tonos graves y agudos. Era este vaivén lo que otorgaba densidad y sentido a sus palabras, así en la charla como en el poema –que en su voz ejercían el más perfecto maridaje–. En cierto modo, se ha suspendido una forma de ser de nuestra lírica. Forma que aún respira, con un resuello peculiar, en su poesía.

EDUARDO HURTADO

EN LA MUERTE DEL POETA GONZALO ROJAS

“Venid a mí benditos de mi Padre porque tuve hambre y me disteis de comer”. Si es verdad que no sólo de pan vive el hombre sino que necesita la palabra como alimento vital, estoy convencido que Jesucristo al recibir a Gonzalo Rojas junto a sí, lo puso a su derecha, porque cuando tuvimos hambre Gonzalo nos dio de comer con su palabra poética. En un mundo gris y material donde la productividad y la competencia importan más que el amor, redescubrimos la importancia de la poesía como alimento fundamental.

Gonzalo Rojas formuló las preguntas esenciales y nos abrió a la trascendencia porque de una u otra manera nos habló constantemente del amor y de la muerte. No me cabe duda que al cerrar sus ojos en esta tierra el poeta vio y comprendió la respuesta definitiva a su lacerante interrogación: “¿qué se ama cuando se ama, mi Dios?. Se encontró como respuesta precisamente con el rostro de Dios, a quien él como poeta había vislumbrado en el fondo de sus amores, en la raíz de las cosas, y en el misterio de la vida.

No son los que dicen Señor, Señor, quienes están cerca de Dios... sino los que lo buscan con ardor.

FERNANDO MONTES S.J.

La poesía de Gonzalo Rojas nos lleva a este soplo gozoso del origen de todas las cosas, diálogo con el principio y los enigmas voraces del Logos. Gonzalo es una de esas voces poéticas hechas en la cumbre del abismo. Poeta siempre atento al que él mismo llamaría el zumbido del Principio.

FLORIANO MARTINS

GONZALO ROJAS EN SEVILLA

Guardo un entrañable recuerdo de mi único y fugaz encuentro con Gonzalo Rojas, ocurrido a mediados de octubre de 2001 en Sevilla, dentro de unas jornadas literarias en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. Su inmediatez afectiva eliminó los titubeantes preámbulos consabidos y me hizo sentirme a gusto muy pronto. Acogedor y pasional, su trato contagiaba su fe en la insondable dimensión humana de la poesía, ajena para él a la noción de éxito, palabra que detestaba. Nunca olvidaré su lectura de aquella tarde, en la que, con frecuencia, se detenía a mitad de un poema para reanudarlo después de recalcar algo que podría escaparse a los oyentes por no estar explícito en los versos. Estas interrupciones, chocantes en cualquier otro poeta, no me extrañaron en él, pues me pareció, conforme lo oía, que casaban con su carácter y su idea expansiva de la escritura, en la que materiales de diversas procedencias se amalgaman mediante un ritmo vertiginoso. No en vano, Antonio Deltoro lo denomina poeta de «alta velocidad», en oposición al de «baja velocidad», como es por ejemplo Antonio Machado. Al final de su lectura, ante mi sorpresa y regocijo, me regaló el libro que había estado manejando: una lujosa edición del FCE, que incluye dos discos con su voz cálida y rocosa de caverna primitiva.

En estos últimos años, hablamos varias veces por teléfono con motivo de un incipiente proyecto *Casa de los Poetas de Sevilla*, que él avaló incondicionalmente hasta que la ignorancia y mezquindad políticas desmoronaron sus primeros cimientos.

Cuando me enteré de su muerte, no encontré mejor modo de volver a estar con él que escucharlo recitar poemas como «Perdí mi juventud», «Carbón», «Celia», o «Al silencio», que, desde que los descubrí, nutren el fondo de mis emociones.

FRANCISCO JOSÉ CRUZ

RECUERDOS DE GONZALO ROJAS

Abrazo extremo

Ahora somos calavera, hermano, encalaverados estamos y duele decirlo pero como ya escribiste contra la muerte con ayuda del relámpago, a despecho de saber que cada uno morirá a su debido tiempo, al poner la palabra seminal por encima de todo hueso húmero, escápula o cráneo solitario, y como esa palabra nos ha bastado, con ella sobreviviremos, tú salvavidas irremediable, poeta generoso antes y después de morir.

Visiones

Te recuerdo en Asís, enfermo en nuestro hotel de peregrinos del Giotto, escuchando generoso los poemas de mi *Automóvil celestial*. Arrebujado en tus frazadas bendecidas por el Pobrecillo, escuchabas y luego pronunciabas la palabra justa. Entonces un diablo en pijama rojo empezó a saltar sobre el tejado más ilustre del mundo, la basílica inferior. Rayos de luces y rayos de poemas rebotando. Luego te recuerdo en Chillán, en tu casa que era como un muy largo corredor de estancias rojas, cada una con una tornamesa Marantz y una salamandra con lumbré. Al final se ascendía hacia tu propia Biblioteca de Babel presidida por una inmensa Musa desnuda, beldad que también te escuchó recitar para mis alumnos de California, y dale, regalabas otra vez generoso tu palabra que se quedará conmigo hasta mi propia oscuridad y también un poquito después.

HERNÁN CASTELLANO GIRÓN

Hablando sobre Gonzalo Rojas con compañeros y colegas de generación, muchas veces parafraseé una perspicaz frase que escuché en una película: con él como profesor y colega durante más de una década, y como sus discípulos por toda una vida, fuimos seres privilegiados, unos verdaderos príncipes. Sin él hubiéramos sido simples profesorcillos universitarios.

Es verdad. Las imberbes lecturas literarias de nuestro Grupo Libre de Arte en el Liceo de Concepción más de una vez se vieron honradas por la asistencia de un profesor de la Universidad que había publicado un valiente libro, *La miseria del hombre*, que nosotros admirábamos, aun cuando el poema que más citáramos, no sin malicia, fuera uno de sus primeros: “Perdí mi juventud”. Nos costaba imaginarnos qué relación podía tener ese audaz hablante lírico con el pulcro y gentil (aunque serio) caballero que nos visitaba y estimulaba con su sola presencia.

Por entonces leíamos *El lobo estepario*, de Hesse, y la figura que evocábamos como la del protagonista era la de Gonzalo. Esa imagen perduró durante nuestros años

de universidad y fue la base de un profundo respeto que, naturalmente, no podía sino compensarse con su contrario: nos gustaba ser irreverentes haciéndolo objeto de más de algún sobrenombre que todavía perdura cariñosamente en la memoria de algunos de nosotros. Además de los poemas sueltos que nos iba entregando en copias a mimeógrafo y que a veces nos aprendíamos de memoria (“Me arranco las visiones y me arranco los ojos cada día que pasa”), lo que más nos dejó como catedrático fue su generoso compartir de sus lecturas, su enseñarnos a reconocer la buena poesía, y guiarnos a lo largo de una galería fascinante e iluminadora de poetas, sobre todo franceses, alemanes e ingleses, que nos abrió el camino sin retorno hacia el vasto mundo de la poesía universal.

JAIME GIORDANO MIRSCHWA

GONZALO ROJAS Y EN EL RELÁMPAGO

¿Dónde estará el que dijo *La miseria del hombre* hace más de 63 años, en Valparaíso? Siempre lo dijo este Gonzalo que ella, la Poesía, es más grande que todos nosotros: La realidad detrás de la realidad, pero desde el relámpago.

Con la publicación misma de *Contra la muerte* (1964), uno de sus libros visionarios, Gonzalo Rojas –nuestro poeta en las alturas mayores de la poesía iberoamericana de hoy– marcó de inmediato un hito de trascendencia en el proceso poético chileno del siglo veinte. Puso en vigencia y proyección a un autor que desde entonces, y aun antes, había adquirido un compromiso de vida y de conducta con el oficio intenso de la poesía: aire en su invención alucinadora y creadora, pero también en su realidad viva, en el instante terrible y ardiente de cada cosa.

Todavía anda en nosotros ese aire libérrimo motivadoramente en el “somos escritores de Chile y no hay título mayor para nosotros que ése”, al inaugurar aquellos lúcidos, plurales, críticos y dialogantes encuentros de escritores nacionales e internacionales en la Universidad de Concepción –nuestra Universidad– en la década vislumbradora del sesenta. Escritores ante el espejo lúcido de su oficio y ante el otro espejo doloroso, el de su pueblo. Compromiso y responsabilidad, entonces, en un diálogo que aún sigue y seguirá resonando en todo tiempo.

Prodigio, vivacidad, transfiguración. Escritura, en consecuencia, iluminada e iluminadora desde el origen, tuétano adentro, en su Dios (oh, místico turbulento), en su eros, en su quejumbre y, en definitiva, en su estallido de mundo: sentido y sonido. Nos dijo Gonzalo, y para siempre: *¿Qué se espera de la Poesía sino que haga más vivo el vivir?*

JAIME QUEZADA

“Y el relámpago de su Lebu tormentoso se produjo y a nuestro poeta se le reveló totalmente y para siempre” lo nuevo y germinante, el largo parentesco entre las cosas. Y desde esa nueva dimensión seguimos escuchando su invitación a compartir:

Un aire, un aire, un aire
 un aire,
 un aire nuevo:
 no para respirarlo
 sino para vivirlo.

JOSÉ LUIS SAMANIEGO

GONZALO EN LA MEMORIA

De Gonzalo Rojas recibí clases de formación con sello de poeta en las aulas universitarias de su matriz inicial: la Universidad de Concepción. Lectura profunda de Kafka, Baudelaire, Rimbaud, Verlaine. Era serio y riguroso en el arte de la palabra, cuidaba el ritmo y la sabrosa expresión chilena. Se remontaba a los clásicos griegos y latinos, recitaba a Horacio y Anacreonte. Nos pedía lectura de textos de Vallejo, Neruda y Pezoa Véliz. Consideraba al Neruda residenciario de “Galope muerto”, su maestro y al Huidobro de Altazor, un genio. Respetaba pero discrepaba con Nicanor Parra y Braulio Arenas. Su visión de mundo era trascendente, erótica, numinosa, genealógica, americana. Sus versos conmovían. Cómo no recordar “Carbón”, “Qué se ama cuando se ama” y tantos más. Me impulsó a realizar mi tesis sobre la antipoesía del antipoeta. Era dinámico, interactivo y organizador de encuentros de escritores chilenos e hispanoamericanos memorables y de seminarios de trabajos estudiantiles con Nicomedes Guzmán, Daniel Belmar, Joaquín Gutiérrez, Alfredo Lefebvre, Juan Loveluck, Gastón Von Dem Bussche. Vibraba con los triunfos de las luchas de estudiantes que defendían el Estado Docente de manera progresista contra el libertinaje de la enseñanza, estimulaba revistas y concursos de poesía, uno de ellos lo ganó y confirmé mi vocación de escritor.

Fue nuestro profesor: en el futuro se convirtió en maestro para toda una generación de jóvenes. Nunca dejó de ser un poeta y un artista consumado. Siempre lo acompañó el ritmo para danzar con su vida-poesía sin aflojar el esqueleto ni cuando fue perseguido por las nubes negras de la dictadura. Pararse y seguir andando fue su método de vida. Seguirán las aguas de su río, el aire que respiraba y la energía que lo hizo cantar la felicidad y el orgullo de ser habitante rebelde de esta tierra.

JUAN GABRIEL ARAYA

GONZALO

Anécdotas de él y sobre él, alegres sobre todo, se podrían contar muchas. Va una.

Se almorzaba en la Residencia de Estudiantes de Madrid y Gonzalo como siempre, de traje y de corbata. Alicia Gómez-Navarro, la directora, le acercó un pipero: “Gonzalo, usted siempre impecable”. La respuesta: “Todo lo contrario, Alicia. Yo, siempre pecable”.

Las consideraciones sobre la riqueza de su poesía no caben en pocas palabras. Sólo algo más. A Gonzalo se le aplica absolutamente lo que Paul Eluard dijo de Lorca: su presencia era mágica y traía la felicidad.

JUAN GELMAN

GONZALO ROJAS, SER SUR REALISTA

Fue Gonzalo Rojas un Maestro que escogió ser Poeta. Amó a los clásicos españoles y a los surrealistas franceses. No lo distrajeron de la médula americana de nuestros clásicos del siglo XX.

Salido del crisol del 38, se dio maña para intercambiar con Nicanor Parra claves blancas y negras marcadoras de las partituras poéticas de la segunda mitad del siglo.

Derrochó sagacidad anticipadora en el escrutinio de fechas relevantes de la historia cultural del país. Sus Encuentros de Escritores, organizados en la Universidad de Concepción y reseñados *en Atenea*, prospectaron en profundidad con representantes de tres generaciones –1920, 1938, 1950– un campo más vasto que el literario para un balance de la evolución y perspectivas del Intelectual chileno

Después de enigmático silencio, su voz abacial hizo oír los textos de *Contra la muerte* cuando la premonitoria segunda ola de la Reforma Universitaria se anunciaba en nuestros campus. Epoca de controversias y sueños, preludio de las transformaciones estructurales por las que inmoló su heroísmo Salvador Allende, a quien Gonzalo Rojas admiró.

En su oficina del Instituto de Lenguas de la Universidad de Concepción, recuerdo el reborde de un estante de madera donde clavaba cartas y documentos para evitar el revoloteo del olvido. Un mediodía, después de clases, caminando hacia el centro, Gonzalo me leyó la primera versión del “Réquiem de la mariposa”. Inmerecido meridiano de generosidad intelectual. Hoy, la conciencia del odioso yo no justificaría callar el decisivo impulso que le adeuda mi vida académica.

LUIS BOCAZ

LA POESÍA DE GONZALO ROJAS

La propuesta de Lautréamont, “la poesía no es de nadie: se hace entre todos” y que Gonzalo Rojas la tuvo siempre como clave de su pensamiento poético, fundamentaría la convicción suya de que no existe la originalidad absoluta, de que toda escritura es *re-escritura*, voluntaria o involuntaria, explícita o implícita. El autor de “¿Qué se ama cuando se ama?” expuso sus filiaciones y reconoció, así, a sus antepasados artísticos. La conjunción de las voces que lo precedieron con las de su presente, anunciando las que vienen, ese hacer recircular las formas ya usadas para animarlas en nuevas articulaciones —que no buscan tanto el significado inédito, como dejar patente el movimiento “coral” de la poesía, su apertura continua— fueron las bases en que Gonzalo Rojas mejor sustentaría su presencia en la lírica hispánica de su plazo.

Tres títulos suyos fueron decisivos en la marcha de esa poesía: *Contra la muerte* en el 64, *Del relámpago* en el 82 y *Obra selecta* en el 97. Con estas obras, y la crítica que en torno a ella fue creciendo; con su acción como animador de importantes eventos culturales (los “Encuentros de Escritores” en la alboradas del *boom*, por ejemplo); como profesor en muchos espacios, y con sus viajes que lo llevaran de unos a otros extremos del planeta, Gonzalo Rojas logró que permanezcan abiertas todas las puertas de la poesía chilena e hispanoamericana.

No es gratuita la resonancia que esta actitud vital y poética encontrara y sigue encontrando en los más jóvenes. Una poesía como la suya, que se atreve a defender la belleza, la imaginación, el lenguaje de lo establecido y las búsquedas de lo presentido, que no teme hablar del Misterio ni enfrentar los maniqueísmos, que grita, airosa, el goce de los sentidos y exalta el cuerpo, que busca la Unidad en lo disperso— “*el largo parentesco entre las cosas*”.

MARCELO CODDOU

GONZALO ROJAS

En 1967, Gonzalo Rojas leyó ante un grupo de jóvenes poetas chilenos un discurso titulado “Darío y más Darío”. La feliz fórmula de ese título se repetiría posteriormente en un poema que comienza: “Estrella Ogden acompáñame / como ella a él, enjámbrame / como a Darío las estrellas, piénsame / órfica, acostúmbrame a / ser de aire alrededor de / esos aviones ciegos que van rápido en / lo esdrújulo de New York a Philadelphia”. El guiño es evidente, porque la cita es casi textual: Darío, en un memorable poema escrito en 1914, invoca el nombre de Francisca Sánchez del Pozo, su última esposa: “Hacia la fuente de noche y de olvido / Francisca Sánchez,

acompañamé”. Entre el cambio acentual dariano y las esdrújulas veloces que Rojas acumula en el aire, se encuentra la lección que el chileno siempre quiso para sí y para los que están recién aprendiendo el oficio: al escribir, Darío, y luego de eso, más Darío, quien encarnó el Eros liberado por obra y gracia del ritmo, elemento que Rojas siempre consideró como el más importante para su poesía. El resultado de ese aprendizaje fue prodigioso; Rojas, heredero de esa tradición que va de Darío a Quevedo y vuelve hasta nosotros con Neruda, se transformó en el poeta del *amour fou*, un erotismo pensante y juguetón que de nuevo liberó la sintaxis de la lengua e hizo de la prosodia un baile supremo. Ahora que Gonzalo ya no está con nosotros, me pregunto: ¿quién lo habrá acompañado hacia la fuente de noche y de olvido? No nos queda más que adivinar una respuesta, o quizás (mejor aun) callar ante esa pregunta. Por ahora, digamos lo que él dijo sobre su amigo Pedro Lastra: parco y libérrimo, leámoslo entero. Sí, entero. Rojas y más Rojas.

MARCELO PELLEGRINI

GONZALO, MAESTRO GENEROSO.

Aunque paralelo a mi pintura, siempre he escrito y a pesar de tener de amigos a grandes escritores y poetas, nunca había tomado parte en talleres o seminarios con ellos, sólo me bastaba su amistad. Pero viviendo en Nueva York un día llegaron a mi casa Gonzalo Rojas e Hilda, su hermosa esposa. Gonzalo me comunicó que iba a dar un taller de cuentos y poesía en “America’s Society”. Más por curiosidad que otra cosa llegué a ese taller en Park Avenue y debo decir que fue una experiencia difícil de olvidar. Gonzalo lo dirigía como un director de orquesta dirige sus recitales. Maestro generoso, dejaba el ego en su casa y raramente hablaba de su poesía, sino de la poesía de otros escritores contemporáneos y también de la esencia de la poesía y de la esencia de los versos de tantos poetas a través de toda la historia de la poesía. Hombre de gran cultura, podía saltar de Safo a Baudelaire, de Virgilio a Rimbaud, como de Whitman a Vallejo y todo esto como Perico por su casa, como si fueran sus amigos, sus cómplices, sus héroes y a veces también las grietas de su humanidad. Inmerecidamente, por ser su compatriota o por venir de otras aguas, ponía de ejemplo mis escritos: yo achunchado frente a otros escritores con obras publicadas y de gran prestigio. Ese empujón no lo puedo olvidar y decir gracias es un mísero reconocimiento a su papel de maestro.

Para qué hablar de su poesía, todos la conocemos.

MARIO TORAL

En una de las veladas que tuve el privilegio de compartir en Concepción con Gonzalo en su casa de la calle Orompello, éste se interesó por develar el tema de mi tesis doctoral, muy oscurecido por la jerga lingüística. Le expliqué que describía la gran variedad de significados y contextos del pronombre reflejo *se*, a la que a mi juicio subyacía un valor unitario. En suma se proponía la unidad en la diversidad de lo que etiqueté “morfema de no oblicuidad”. Convencido de haber abusado de la hospitalidad del anfitrión con mi lata lingüística, me sorprendió que al cabo de unos días Gonzalo me leyera un poema que disipó mis temores (“Palabras, cuerdas vivas de qué, pobre visible / cuando tanto invisible nos amarra en su alambre sigiloso, / urdimbre de ir volando pero amaneces piedra, / se / se va, se viene se interminablemente las arañas / tela que tela el mundo: participálo / pero tómallo y cámbialo”). Con el título “Carta sobre lo mismo” se publicó posteriormente en su libro “Oscuro”, que me obsequió en un encuentro que tuvimos en la Universidad de Temple con la dedicatoria “En Filadelfia, Nelson, en Concepción, ¿qué voy a decirte, hermano mío, si eres el mismo de lo Mismo?”

Cuando releo ese poema pienso que si bien los lingüistas describimos y aclaramos con precisa terminología la superficie y las capas subyacentes inmediatas de las palabras, no logramos con naturalidad horadar ni acceder a profundos aspectos de su esencia, la que se abre de inmediato a la percepción de un ser superior, el poeta.

NELSON CARTAGENA

GONZALO ROJAS, UN POETA VIVO

Recuerdo, como si hubiera sido ayer, el primer poema de Gonzalo Rojas que leí. Empieza con el célebre verso: “Perdí mi juventud en los burdeles”. Yo tenía unos 16 años y recién estaba intentando esbozar algunas líneas. La fuerza y el rigor del lenguaje, la tensión fúnebre y erótica, y esa especie de dramatismo expresionista que hay en el poema, son los mismos que han caracterizado a la poesía de Gonzalo Rojas hasta sus últimos días. *La miseria del hombre*, que contiene ese y otros poemas memorables, se transformó en uno de mis libros favoritos. Y cómo no recordar “Carbón”, una de las mejores elegías de la lengua dedicadas a la muerte del padre. Y “Contra la muerte”, en el que por fortuna se equivoca cuando dice: “Pero respiro, y como, y hasta duermo pensando que me faltan unos diez o veinte años para irme”. Porque siguió acompañándonos medio siglo más.

A principios de los años sesenta tuve la suerte de conocerlo en persona: elocuente, lúcido como pocos, y a veces hasta contradictorio, no era un incondicional de nadie

en la política, pero sí de los grandes nombres de la poesía. Y tendría que agregar un rasgo de particular importancia humana: sumamente generoso con los poetas jóvenes. El primer libro mío que apareció en España fue gracias a una carta suya que le envió al editor de Hiperión. Alguna vez le escuché decir esta frase: “Hay poetas que se quieren más a sí mismos que a la poesía”. Sin duda Gonzalo Rojas estaba entre los que querían más a la poesía que a sí mismos, sin perjuicio de que también tuviera su ego, como todos nosotros. Sin embargo, ese yo nunca iba en desmedro de su generosidad. Gonzalo Rojas era uno de los grandes poetas vivos de Chile. Ahora se ha muerto. Pero sigue siendo uno de los grandes poetas vivos de Chile.

OSCAR HAHN

Evoco sólo una escena que repercute en mí ahora que Gonzalo Rojas se ha marchado, como para devolverlo a la vida y a su voz. Era octubre del 2009 y le ofrecimos un homenaje en la inauguración del Congreso Internacional “Chile mira a sus poetas”. Inició su recital con gratitud: “Estoy... no encantado, ni fascinado, estoy como desollado aquí ¡tanta cosa junta, y yo en camisa! Es tan preciosa esta fiesta, este concierto, pero ¿usted me da permiso?” El permiso se lo daba en la testera el Rector de la Universidad Católica de Chile, Pedro Pablo Rosso, y también las cuatrocientas personas que repletaban el Salón. Él pedía permiso para tocarnos con su hechizo y todos caíamos en una suerte de encantamiento entre ritmos e ideas, fascinados por el sonido y sentido que extraía de cada palabra. Entre la lectura de sus poemas, evocaba vivencias específicas para explicarnos su poesía: “Cuento, sólo para entre-aclarar, nunca se debe aclarar, porque no se aclara nada”. La explicación se confundía con el poema: vida poética y poesía vital. Su voz ronca entrecortada, su humor y su frescura habían logrado que la gente “se sintiera alegre y se comunicara”, comentó alguien. Cuando terminó, parecía el joven poeta de *La miseria del hombre*, parecía casi un niño. Lo de la “reniñez” no era en él sólo un discurso.

En el almuerzo posterior conversamos sobre poesía, cómo había que resguardarla y difundirla. Me contó infidencias de lo difícil que le había sido organizar sus históricos Congresos de fines de los 50 e inicios de los 60, pero que había que persistir. Quedamos de volver a vernos en su Chillán de Chile. Pero luego yo me enfermé y luego él se enfermó, para siempre.

Ahora visito su voz de esos días: “De un modo u otro todos podemos trasuntar, lo demás son necesidades: ¡vida!”.

PAULA MIRANDA H.

EN LA DESPEDIDA DE GONZALO ROJAS

Hombres sabios, como Schopenhauer, han dicho que una gran creación literaria es aquella que posee una luz propia, por lo que actúa en una época igual que en otra, y no pertenece sólo a una nación sino al universo. Gonzalo Rojas es figura central de esa categoría de creadores verdaderamente esenciales, cuya obra es un bien para todos: fue la suya una palabra de vida que ha de acompañarnos siempre. Como lo escribió en estos versos a la memoria de su amigo Jorge Cáceres, podemos decir que “Ahora está en la luz y en la velocidad”, y asumir igualmente con plenitud esta invocación suya: “—¿Por qué lloráis? Vivid. / Respirad vuestro oxígeno”.

Porque no muere quien fue raíz de tantas cosas para todos nosotros, Gonzalo Rojas y su poesía seguirán viviendo “en la gracia del aire/ eternamente”.

PEDRO LASTRA

DESPEDIDA A GONZALO ROJAS

En la década de 1970 traduje y publiqué en Atenas una antología de dieciséis poetas hispanoamericanos, encabezados por Gonzalo Rojas. De esa labor recuerdo todavía cuán impresionado quedé con poemas suyos como “Carbón”, “Al silencio”, “Las hermosas”, en los cuales pude apreciar su profunda expresividad emotiva y su naturalidad de voz poética americana.

Mi primer encuentro real con Gonzalo y su esposa Hilda fue en 1980 en Nueva York, donde me había establecido huyendo de la dictadura griega y ellos de la chilena.

Eran tiempos difíciles para Gonzalo y su esposa. Se quedaron un par de veces en mi departamento, en Greenwich Village, dando comienzo así a la segunda etapa de mi relación con él: una amistad que continuó cuando tuvieron que alejarse de Nueva York, a donde regresaban a veces.

Hacia 1990 se establecieron en Chile, pero seguimos comunicándonos con frecuencia.

En 2005 estuve en Chile para la presentación del libro *Presencia de Grecia en la poesía hispanoamericana* que hicimos con Pedro Lastra, y, por supuesto, fuimos a Chillán donde volví a verlo después de muchos años. Uno de esos días lo visitamos en su casa, cuyo jardín era un lugar tan hermoso que parecía parte de uno de sus poemas. La noticia de su muerte, que tanto me entristeció, trajo a mi mente la imagen de esa reunión en el jardín. Y como no habrá otra frente a aquel rosal, todo encuentro con él, desde ahora, sólo será posible en la memoria y en su poesía.

Está por aparecer en Atenas una nueva antología de poesía hispanoamericana, en donde su poesía tiene un lugar prominente. La enviaré para que la incluyan en su biblioteca, como el homenaje que no pude rendirle en persona.

RIGAS KAPPATOS

GRACIAS, DON GONZALO

Gracias por su entusiasmo generoso, por ese relámpago telefónico suyo que, vía Octavio Paz –su hermano en el zumbido de la abeja– me cambió de continente. De su ayudante de cátedra en Teoría literaria y Literatura chilena, en la Universidad de Concepción, me hizo aterrizar en el seminario de Roland Barthes sobre los “Signos, símbolos y representaciones”, en la Escuela Práctica de Altos Estudios.

Gracias por descubrirme que, especialmente en la aldea de Chile, había que proceder sin tenerle miedo al miedo.

Gracias por su desenfado poético, de cuyas repercusiones teóricas, sin embargo, Ud. se reía... con tolerancia.

¡Qué sana y chilena su risa! ¿Nunca se lo dije? Sí, su risa era chilena por lo ladina y socarrona. Ladina porque uno venía a entender después de lo que se había reído antes, acompañándolo a Ud. Socarrona porque también había otros sentidos en el sentido de cada carcajada con que Ud. retozaba cuando reía.

Y así encarnó para nosotros, sus alumnos en el aula y en la escritura, el emblema de lo que debía ser un escritor en lengua española: oír voces en la voz para captar el *Stimmung* de nuestra tradición: tiempo preñado de tradición hecha voz, música en las palabras sobrecogidas de toques físicos, psíquicos y climáticos, como el relámpago de su primera revelación poética.

ROBERTO HOZVEN

RECORDANDO A GONZALO ROJAS

Desde 1961 Gonzalo Rojas y yo desempeñamos durante tres años funciones homólogas en oficinas contiguas de la misma universidad. Nos llevábamos bien sin llegar a ser amigos. Me imagino que él desconfiaba de mi “corrección” política. Y a mí no me gustaba nada *La miseria del hombre*, el único libro suyo que conocía. Por eso tuve una gran sorpresa y una inmensa alegría al descubrir, veinte años más tarde, que Gonzalo era un poeta formidable, que sostenía con soltura la vara alta levantada en Chile por Neruda. Por razones de edad, o de formación profesional, o simplemente por nuestra común afición a la poesía griega y latina, me resultaba también mucho más cercano, al modo como Paul Valéry me queda más próximo que Victor Hugo. De entonces acá he sido muy feliz leyéndome en voz alta, de cuando en cuando, sus versos

eufónicos, nítidos, radiantes. Ya en este siglo, me encontré con él, por casualidad, una mañana en una librería de Santiago. Intercambiamos algunas palabras amables. De súbito, sin poder contenerme, le declaré impúdicamente mi rendida admiración. Nos despedimos con un abrazo. No lo volví a ver.

ROBERTO TORRETTI

ADIÓS AMIGO GONZALO ROJAS, VOZ FUNDAMENTAL DE AMÉRICA

Compartir con Gonzalo Rojas fue una experiencia con todos los sentidos. En el Madrid de los '80 nos juntábamos en La Puerta del Sol o la Plaza Mayor, en opíparas celebraciones que incluían una interminable sobremesa y encendida tertulia, por la que iban pasando al caer la tarde comensales de lejanas latitudes. Discutíamos visiones estéticas de la poesía matizadas por las sabias lecturas que habían marcado al niño tartamudo de Lebu, transfigurado en poeta aquella noche del relámpago.

En un encuentro reciente, bebí con el poeta un café arábigo cargado y aromático, –para capear la fría llovizna de Chillán–, mientras hablábamos de la manifestación de lo sagrado en la poesía, de su veta metafísica, y del mundo clásico y divino. Me contó entonces su extraordinario proyecto, que consistía en hacer un nuevo Encuentro de Escritores, similar a los señeros del Concepción de los '60, específicamente sobre la poesía mística, el oriente, los sufíes y los poetas árabes, y para ello traer a Chile autores de países como: Siria, Egipto, Persia, Jordania y Palestina. Hablaba con fascinación juvenil de esta sorprendente posibilidad, lo decía y explicaba con ojos encendidos, resplandor que siempre lo acompañó. Ese proyecto era reivindicador de su sentido sagrado del verso y habría marcado un hito trascendente para Latinoamérica.

Con la muerte del poeta el firmamento se hace más vasto y él renace a la eternidad.

Rojas, el alumbrador de palabras, el último de los sublevados, nos saluda con suspensores y gorra marinera, gritando al viento “Qedeshim Quedeshoth” desde la cima de “El Torreón del Renegado”.

THEODORO ELSSACA